

---

Espagnol  
**Prix d'étudiant – Mme Anna Ferrando Tena**

**Palabras idiosincráticas**

No hace mucho tiempo, me vi obligado a aceptar algo terrible acerca de mí mismo: uso mucho la palabra *iteración*, más de lo que cualquier ser humano debería. Si tuviera que estimar cuántas veces enuncio este vocablo, diría que unas cinco al día.

No me enorgullece. Preferiría ser alguien que habla de una *versión* o *edición*, o un mero *ejemplo* de algo, y que no va diciendo por ahí *iteración* sin parar. Pero, ¡ay!, yo no soy así. Y descubrí mi *iteracionitis* de la manera más chocante posible. Acababa de empezar un nuevo trabajo. Un día, unas pocas semanas más tarde, escuché a tres colegas diferentes, con quienes interactúo a menudo, utilizar la palabra *iteración* independientemente unos de otros. En el tercer caso, la dijo una mujer a la que conocí antes de empezar el trabajo. En cuanto oí *iteración*, la detuve en mitad de la frase. «Un momento, ¿acabas de decir *iteración*? ¿Por qué todo el mundo aquí la usa?». Su respuesta me sentó como un golpe en el coco con un tesoro en versión extendida. «Deberías estar entusiasmado», replicó ella. «Es una de *tus* palabras».

Tras un arrebato de negación y cambiar de opinión varias veces, volví a casa después del trabajo y le pregunté a mi mujer si había alguna palabra rara, idiosincrática, que usara a menudo.

«¿Como *iteración*, quieres decir?», contestó sin la menor dilación. Entonces se abrieron las compuertas. «Además, dices *tangencial* continuamente. Ah, y *anticuado* también. Y siempre estás hablando de *hasta qué punto* alguien hizo esto o aquello».

Y continuó. Resulta que tengo debilidad por *anacronismo* y mantengo una estrecha relación con *cognoscente*.

Cuando volví al trabajo al día siguiente, ya había aceptado, a regañadientes, que abuso de un montón de palabras ridículas y que todos a mi alrededor lo sabían. Pero también noté un cambio en la forma en que hablaba con mis colegas en la oficina. No me suponía un problema seguir atiborrando frases con *anticuado*, o meter *hasta qué punto* aquí y allá, pero, conscientemente, dejé de utilizar *iteración*. Era *mi* palabra aunque no me hubiera dado cuenta hasta el día anterior. Ahora todos la utilizaban. No quería parecer un simple imitador al usar este sustantivo que ahora parecía pertenecerme.

[...]

No obstante, tampoco seré una de esas personas que van por ahí robando palabras idiosincráticas de otros. ¡Vaya vaguería! ¡Cuán poco original! ¡Qué patético! ¿Cuánto tiempo transcurrió después de escribir esas últimas frases hasta que me viniera a la mente una ocasión en la que me hubiera comportado exactamente del modo que tanto me enfurecía en la oficina? Unos cuatro segundos.

Fue hace unos meses. Uno de mis mejores amigos utiliza a menudo la palabra *morrocotudo* en los correos electrónicos. Si le envío el enlace al vídeo de una jugada de béisbol especialmente destacada o un vídeo tonto de una cabra gritando, me responderá de forma concisa: «¡Morrocotudo!». O me enviará un artículo con el prefacio: «Una historia morrocotuda». A él le funciona. Le funciona de veras. Y, sin saberlo, le he birlado esa palabra como si nada.

No me di cuenta hasta julio, cuando una amiga respondió a uno de mis correos electrónicos felicitándome por mi inusual elección de palabras. «Por cierto, excelente uso de *morrocotudo*», escribió hacia el final de su mensaje. Esto me acució a revisar mi carpeta de correos enviados, que confirmó que ahora esta palabra pulula por mis correos salientes. «Vaya término de la vieja escuela», agregó. «¡Recuperémoslo!».